

5. EL LIBRO DE LA PARTIDA

El hogar donde había vivido Kato se encontraba en la parte oriental del pueblo, cerca del cementerio, donde las casas dejaban de apilarse unas encima de otras para dejar paso a villas, algo aisladas unas de las otras por sus jardines. La casa del empresario era exactamente igual que las demás en la zona, excepto porque ésta parecía el único farolillo apagado en una banderola. Las paredes de madera se habían podrido en algunas zonas mostrando largas grietas teñidas de verde por el moho y el techo lucía intacto aunque la suciedad acumulada había ennegrecido la teja de polvo y restos de hojas muertas.

Los pájaros piaban en el jardincillo asalvajado que rodeaba la casa. A un lado, todavía se mantenía en pie una construcción de madera desvencijada. Tenía el aspecto de granero o almacén. Era el único edificio que no tenía las puertas y las ventanas barradas con maderos. La puerta del almacén incluso, estaba descorrida pero desde donde estaba, Aoki no podía distinguir nada entre las sombras.

Ebisu que había dejado de cantar al llegar a la mansión, se dio la vuelta para irse.

—Os espero en la Casa de Té.

Aoki lo cogió por la yukata.

—Necesitamos el libro, Chen. Si quieres busca en el almacén mientras el Sr. Hikari y yo lo hacemos en la casa.

Ebisu miró el almacén. Su cara reflejaba aprensión. Aoki se preparó para rebatirle con argumentos pero de repente, la cara del viejo cambió y asintió.

—Me quedo con esto mientras tanto —le dijo Aoki cogiéndole la botella de sake antes de que Ebisu pudiera hacer nada.

Ebisu levantó las cejas, pero solo se encogió de hombros y se fue derecho al almacén con ese desconcertante ímpetu juvenil. No le gustaba aquella repentina docilidad de Chen pero tenían trabajo que hacer.

Aoki e Hikari utilizaron la naginata como palanca para quitar dos de las maderas que barraban la entrada y poder acceder al interior. Dentro, la oscuridad los envolvió.

Cuando su vista se acostumbró a la penumbra, empezó a moverse por la estancia gracias a la luz que entraba por alguna de las maderas rotas a sus espaldas. Allí solo encontraron unas cuantas sandalias y *geta* ordenadas en las estanterías del mueble dedicado para ello. Encima de este, una vasija china contenía los restos de la flor seca que
había
lucido
dentro.

Aoki e Hikari se descalzaron antes de entrar en la siguiente estancia. Allí la luz entraba por los fusuma y los shoji resquebrajados que daban al jardín. Los rayos iluminaban el caos que se encontraron a sus pies. En medio de la estancia, una mesa lacada se alzaba en medio de un montón de rollos de emaki y libros desperdigados por el suelo. Aquí y allá tuvieron que pasar por encima del agua encharcada que había caído del piso superior. Aoki temió que alguno de aquellos libros fuera el que buscaban y lo encontraran ilegible.

—Alguien ha buscado aquí antes que nosotros —dijo Aoki escudriñando un viejo manuscrito.

—Qué vileza venir a robar las cosas de un muerto —dijo Hikari mirando entre los rollos del suelo.

—Si fuera así, se hubieran llevado el jarrón de la entrada.

Aoki se levantó sacudiendo un viejo emaki mojado.

—Busquemos el libro.

El yamabushi y el cocinero dividieron la estancia en dos y se dedicaron a mirar uno tras otro, todos los documentos, libros y rollos que encontraron.

Después de un rato, abandonaron el estudio y pasaron a la siguiente habitación. Hikari le explicó que allí había sido donde habían jugado la partida de incienso.

No encontraron más que un biombo raído por las ratas, una caja lacada en oro, un incensario y unos cojines llenos de polvo.

Tampoco tuvieron suerte allí.

Cuando terminaban con las habitaciones de arriba, Aoki sintió un ligero estremecimiento al mismo tiempo que sobre su cabeza oyó el silbido del viento colarse entre los agujeros de las tejas. Aoki se acercó a una ventana redonda de estilo chino, de la que se había desprendido una sección de papel de arroz y miró al jardín.

Del almacén emergía una enorme columna de humo negro hacia el cielo. Un chillido agudo resonó en algún punto del cielo.

Chen, pensó Aoki.

Dejando atrás a un Hikari desconcertado, el yamabushi corrió escaleras abajo hasta el jardín al tiempo de ver al espectro entrando en el almacén con su enorme boca abierta y su cuerpo estirado después.

—¡Sanbo! —oyó a Ebisu gritarle desde el interior.

Aoki atravesó la puerta del almacén y escudriñó la penumbra del interior.

—¡Chen! Dónde estás! —la llamó.

Ling Su le contestó y Aoki buscó en dirección a la voz recorriendo la vista rápida entre docenas de estanterías llenas de cajas, herramientas y otras cosas que desconocía.

Encontró a Ebisu al otro lado de una mesa con un sin fin de inciensos encendidos.

—¡Vamos, Sanbo! —le dijo el viejo, animado —¡Reza algún Sutra! ¡No puede comerse todo este incienso a la vez!

Aoki lo miró perplejo mientras el gaki, delante suyo, extendía sus morros de una forma grotesca para aspirar todo lo que podía.

—Qué...fragancia...

La voz del espectro resonaba dentro del almacén como una bandada de pájaros al atardecer y como ellos, parecía que iba a darse un festín con lo que encontrara allí.

—¡Apágalos! —le dijo Aoki tratando de esquivar el espíritu y llegar hasta ella.

—¿Cómo? —le dijo contrariada— No, no, ¡tenemos que encender más! ¡No puede con todo!

—¡Es un gaki, Chen! ¡Y estamos en su casa! ¡Apágalos!

El espíritu se lanzó sobre la mesa y de una bocanada absorbió lo que quedaba en ella. El cuerpo endeble del viejo se movió hacia adelante con la fuerza succionadora.

En ese momento, Aoki cayó en algo.

—¡Chen!, Enciende más incienso!

Ebisu que se agarraba a la mesa, para no se succionada, lo miró acusador.

—¡Tenía razón!

—No!, ¡no tienes razón, pero necesito que lo hagas!

—¡Menudo carácter, Sanbo!

Ebisu se agachó y caminó a cuatro patas por el suelo encendiendo pastillas de incienso donde podía.

En ese momento, el gaki se giró hacia la puerta. Hikari miraba desde la entrada aterrorizado.

—Por Amida... Estáis... locos —balbuceó dando un paso hacia atrás.

El delicioso olor a humo del incienso tensó al gaki en una mueca y olvidó a Hikari para volverse a girar hacia su fuente de vida. Pero delante se encontró a Aoki con los brazos en jarra.

—¡Kato! —gritó Aoki al gaki.

El gaki se detuvo. Temblaba casi imperceptiblemente.

—Estamos aquí para ayudarte.

El espíritu lo miró con una mueca mientras sus labios formaban una O lentamente y se doblaban inhumanamente.

—Qué... fragancia... es ésa...

—¡Chen! —gritó Aoki— ¡Apaga ahora el incienso!

—¡Aclárate! —dijo Ebisu mientras se oían sus pisadas sobre las pastillas.

—Dónde está el libro de la partida, Kato. Queremos ayudarte.

El gaki se retorció sobre sí mientras las facciones de su cara se revolvían como un guiso girando dentro de una olla hirviendo.

—¡El libro! —gritó de nuevo Aoki.

El espíritu, ahora deforme y casi transparente se le encaró a escasa distancia de su cara. Aoki permaneció quieto. No sabía qué podía hacerle aquella cosa, pero esperaba que el desconocido motivo por el que el Sojobo le había escogido para aquella misión sirviera para razonar con el espíritu. Todo eso, asumiendo que le quedara algo de lo que alguna vez le hizo persona.

El espíritu abrió su enorme boca.

—Inoue...—dijo como un viento que se aleja colina arriba —Sadako... Inoue.

Después, se quedaron en silencio.

El gaki se había esfumado. Los pájaros en el jardín volvieron a piar de nuevo e Hikari cayó al suelo desmayado.

El papel brilló fugazmente y se apagó.

El trazo descendente del primer kanji le había quedado demasiado fino, pensó Ume observando el omari, la tira de papel escrita, que ahora era un amuleto de protección. No creía que fuera a dejar de tener efecto, pero la imperfección le molestaba cuando lo leía. Definitivamente, lo iba a repetir porque iba a ver el defecto cada vez que lo mirara.

Además, podía hacerlo, se dijo mientras le daba la vuelta al papel y lo dejaba a un lado, sobre la mesa. No estaba su tía para reprenderla por gastar papel. Sadako no lo entendía. No podía ni imaginarse lo que era un Trazo Esencial.

Dejó el pincel sobre la vieja mesa y apoyó la barbilla sobre sus manos recordando su infancia en Kioto. Se acarició el collar con el cristal rojo que llevaba colgado en el cuello. En el fondo, recordaba poco de las enseñanzas del trazo Esencial, como lo había llamado su maestra. Tan solo había que ser absolutamente precisa y dibujarlo estando en

el vacío. Lo que más recordaba de aquella época era a Reiko hablarle del sumi-e. A sus miradas y sus sonrisas misteriosas y su total y completa falta de decoro. La echaba mucho de menos. Suspiró con pesar recordando el último día que se vieron. Luego llegó al primer santuario junto al viejo Okamoto y escribir el Trazo Esencial le recordaba demasiado a Reiko. Dejó de hacerlo y tan solo practicó protecciones normales. Solo cuando empezó a morar el gaki volvió a practicarlos... por necesidad.

Excepto a su maestra, nunca había conocido a nadie que los escribiera.

Ume sonrió y estiró los brazos. Las puertas de la estancia estaban descorridas y fuera, el día parecía lucir sereno y azul. El otoño estaba siendo amable en la región.

En ese momento, una cara conocida apareció en su campo de visión. El rostro de Ume se ensombreció.

En el patio, una miko hablaba con el yamabushi que había venido el día anterior. Se levantó del suelo, preguntándose que querría en esa ocasión el monje guerrero. Debía venir a buscar más incienso. Sonrió para sí.

Qué iluso.

Caminó deprisa por el tatami y luego se refrenó, pensando en sus modales. Qué modales. Su madre ya no estaba allí para reprenderla.

Sonrió al monje desde lo alto del escalón. Éste hizo una inclinación de cabeza y ella se la devolvió. La miko le dijo que el yamabushi esperaba no importunarla pero que precisaba de su inestimable ayuda y le rogaba unos minutos de su tiempo.

Ume amplió su sonrisa. Ese monje no habría dicho tal cosa, pero la miko estaba bien enseñada.

—Por supuesto, por favor, ¿Quiere pasar? —le invitó.

—Te lo agradezco pero seré breve, así que puedo contártelo aquí fuera.

Qué irrintante y qué descortés. En ese momento, Ume reparó en un hombre que esperaba cerca del pabellón de abluciones. Le resultó familiar. Debía de tratarse de alguien del pueblo.

—¿Se te acabó la caja de incienso que te di? —le preguntó tuteándolo. Si él olvidaba las formalidades con ella, ella no tenía por qué recordarlas tampoco.

El yamabushi sonrió, pero detectó una tensión en su entrecejo. Había dado en el clavo con él. Ume rió para sus adentros.

—Así es, pero no estoy aquí por eso.

Aoki hizo una seña al hombre que se acercó de inmediato.

—Este es Hikari, el dueño de La Casa de Té a su mismo nombre. El ayudante del empresario Kuniyoshi Kato que murió durante la última partida de incienso.

Ume lo miró suspicaz. Asintió levemente con la cabeza y siguió escuchando.

—Después de probar algunas de mis técnicas de guerrero asceta, he visto que este gaki que molesta al pueblo desde hace tantos años, necesita de otros métodos para alcanzar el descanso. Y estoy dispuesto a dárselo.

El yamabushi calló un instante, miró al suelo un leve instante, frunció el ceño y se peinó la coleta. Parecía que fuera a decir algo que le costaba.

—Para eso, voy a necesitar tu ayuda.

Ume se cubrió la boca con la manga blanca de su kaori y tosió para ocultar su risa.

Aprovechó el momento, alargándolo y bajó los escalones del edificio, despacio, hasta ponerse frente a ellos.

—¿En qué podría ayudarte una miko como yo?

—Pues en realidad, necesito tres cosas de ti. La primera es indispensable.

Ume desdibujó su sonrisa y entornó los ojos. El monje guerrero exigía más que respiraba.

—Quiero recrear la partida de Incienso que tuvo lugar hace cuatro años y para ello necesito el registro de la partida. El libro donde el monje que condujo el juego, lo registró.

Ume lo miró perpleja. Debía tratarse de una broma. Un libro profano de una partida de incienso donde un hombre murió. Sacó las manos que tenía escondidas entre las mangas de su kaori y lo señaló con un dedo.

—Te recuerdo que este Santuario está presidido por un kami. No es el lugar para reírse de los muertos.

—Es precisamente a un muerto al que quiero ayudar —sonrió el yamabushi

—Aunque quisieras ayudar a un muerto... Qué tengo que ver yo con eso.

—Buscamos el libro de la partida en casa de Kato. Allí no está y ya que Hikari tampoco lo tiene, solo puede estar aquí ya que la gran sacerdotisa es la otra única persona que participó en el juego.

—Podría estar en cualquier parte —dijo Ume encogiéndose de hombros—. Podría habérselo llevado el monje y podrían haberlo robado.

Aoki la miró un rato. Parecía que estaba decidiendo algo.

—Mis fuentes dicen que lo tiene Sadako Inoue.

Ume miró a al yamabushi y a Hikari. Tenía ganas de reírse ante aquella solemne tontería pero la seriedad de los dos hombres la reprimió. Aquel yamabushi era muy insistente. Ume estaba convencido de que no se iría de allí si no hacía un poco de teatro y lo buscaba.

—Me estás pidiendo que busque en los aposentos de la Gran Sacerdotisa.

—Me han comentado que está de viaje.

Insolente.

El yamabushi sonrió y Ume le devolvió una sonrisa de labios apretados. Les pidió que esperaran y se encaminó hacia uno de los edificios laterales.

Aquello era una pérdida de tiempo pero bastaba con dar un par de vueltas dentro del complejo del Santuario y decirle que allí no había nada.

Entró por inercia en una de las estancias donde guardaban libros sagrados del Shinto y Del Camino. Ume no pasaba mucho tiempo por allí. Estaba más dedicada a escribir los kanji que a leerlos. Repasó con un dedo los volúmenes apostados sobre unas estanterías_mientras caminaba. Allí solo había crónicas antiguas, la mayoría del Kojiki, relatos sobre kami, rezos y procedimientos para ceremonias.

No sabía por qué se molestaba en mirar.

Atravesó la estancia y llegó frente al fusuma que separaba una estancia de la otra. Al otro lado, estaba la habitación donde Sadako estudiaba los libros antiguos, escribía y llevaba las cuentas. Dudó un momento mirando la puerta cerrada.

Recordó a su tía antes de aquella misteriosa partida y después de ella: Había cambiado mucho desde que se hizo con la producción de incienso. Tanto que, Ume, a veces, se sentía incómoda en el santuario. Es verdad que todo aquello le había servido para probar los trazos y ver, de nuevo, si el humo del incienso le hablaba todavía, pero había algo de todo aquello que no estaba bien. Y no sólo era que inconcebiblemente las miko se dedicaran a hacer pastillas de incienso. Había algo más que no sabía expresar que le incomodaba.

Con una mano, acarició su collar de cristal rojo y con la otra descorrió la puerta y observó el interior con cautela. Se sintió una intrusa estando allí sin su tía y deseó ahora sí, encontrar allí lo que estaba buscando porque si no, tendría que ser aún más maleducada. Con cuidado observó los rollos y libros ordenados en un mueble junto a la entrada y la impoluta mesa lacada. Allí no había nada tampoco. Tan solo cuentas con números y más números de lo que la gran sacerdotisa estaba ganando con el negocio.

Respiró hondo y descorrió la última puerta del edificio.

Los aposentos privados de Sadako Inoue olían a cerrado. Su tía no le pedía nunca que aireara su habitación cuando marchaba. De repente, se dio cuenta de lo extraño que era aquello. Pero giró la vista a su izquierda y creyó encontrar la razón. Allí estaban los fusuma que separaban los aposentos de la habitación más importante de todo el santuario Omi-Jingu: La habitación del Objeto Sagrado.

Su tía no quería arriesgarse a que Ume la desobedeciera mientras aireara sus aposentos y abriera la habitación restringida, pensó Ume. La miko miró la puerta sopesando por unos instantes las consecuencias.

Dejó ir el aire que había estado guardando y negó con la cabeza.

No. No podía por mucha curiosidad que sintiera.

Se obligó a volver a centrarse en lo que la ocupaba. Con un nudo en el estómago recorrió la vista por la habitación de seis tatamis. No vio nada que llamara su atención. Un par de muebles, un pequeño altar personal, un discreto jarrón con flores que se estaban marchitando y un brasero era todo el contenido de la pieza. Ume caminó deprisa y atravesó la habitación hasta la puerta del armario. La describió y junto al futón doblado, encontró un libro medio oculto por una manta.

Lo tomó entre sus manos y leyó la portada: “Libro de Registros de las Partidas de Incienso de Kuniyoshi Kato”

Ume lo abrió y pasó las páginas con prisa hasta llegar a la última partida, donde estaban apuntados los participantes, le parecía que, de alguna manera, estaba mirando algo que no estaba escrito para sus ojos. Leyó el nombre de su tía, Sadako Inoue y cerró el libro de golpe sumiendo su rostro en una nube de polvo.

¿Por qué escondía su tía el libro de la partida?

-----Continuará en Fast Fiction Penny